

**Condenado
hiciera
lo que
hiciera**

—Quiero presentar una queja.

Martin sintió un arrebato de coraje y, durante un instante, la primera sensación de verdadera felicidad desde que llegara a este lugar olvidado de la mano de Dios. Siempre fue un hombre tímido, tanto en la cama como en la sala de juntas, por lo que nunca triunfó mucho en ninguno de los dos lugares, aunque Moira nunca se había quejado, bendita. Y, pese a que nunca estuvo capacitado para ascender a director general, como todos los de su edad, al menos nunca lo despidieron, ni lo relegaron, ni lo reasignaron. Siempre se preocuparon de no perderlo, era demasiado sólido. Sólido, eso es lo que Martin era. Firme, fiable, pero tímido. Nunca fue una persona que sacudiera el barco. Y, sin embargo, aquí estaba, con su metro sesenta y cinco, enfrentándose enérgicamente a un tipo que debía medir dos metros por lo menos. Y eso sin contar los cuernos.

Por supuesto, Martin se dio cuenta de que en esa fracción de segundo en la que se sintió valiente, en verdad no estaba siendo tan valiente. Había elegido a este demonio en particular. Sí, medía dos metros y medio, pero eso era bastante insignificante para un demonio, ya que los demás eran mucho más grandes y feroces. Este tenía un mechón rubio alrededor de los cuernos que le daba un aspecto bastante entrañable.

El demonio clavó sus dos ojos rojos y reumáticos en Martín, lo cual no le animó a acercarse, pero tampoco le desanimó, y eso estaba muy bien. De todas maneras, Martin vaciló. Había estado tan concentrado en reunir el valor necesario para empezar a reclamar que no había pensado mucho en cómo debía proseguir.

—Es mi compañero de cuarto. No estoy conforme con mi compañero de cuarto —dijo Martin—. Ni siquiera sabía que íbamos a tener compañeros de cuarto. No he compartido habitación con nadie desde hace cuarenta años, sin contar a Moira. Y Moira ya era bastante molesta con sus ronquidos. Me tenía que poner taponos en los oídos. ¿No podría tener una habitación para mí solo? No, vale, eso es pedir demasiado. Pero si voy a estar aquí durante mucho tiempo, y creo que esa es la idea, debería tener, por lo menos, un mejor compañero de cuarto. No este. Es que... —y aquí se quedó sin palabras durante

un instante para luego encontrar una débil conclusión—: es inaceptable.

Dio la impresión de que el demonio iba a decir algo muy cortante, pero cambió de opinión, considerando que la eternidad ya era bastante larga.

—Martin Travers —dijo en voz alta.

—¿Sabes mi nombre?

—Sé el nombre de todos. Tu compañero de cuarto ha sido seleccionado expresamente para ti.

—Vale —dijo Martin—. Ya veo. Vale. Y, ¿cómo...? —y sintió que le entraba otra vez un poco de esa furia. Había llegado hasta aquí, no podía flaquear ahora—: ¿Cómo fue elegido exactamente? ¿Por sorteo o qué? Quiero decir, sólo estoy diciendo que no creo que se haya pensado mucho en ello. Eso es todo.

—Tu compañero de habitación es muy limpio —dijo el demonio.

—Sí.

—No huele. Tiene un carácter amable. Ronca mucho menos que esa Moira de la que hablas.

—Bien. Vale, sin duda...

—La verdad es que —dijo el demonio sin tanta atronadora intensidad en la voz— estás en el infierno, y te podría haber ido mucho peor, amigo.

—Pero es un perro.

—En efecto.

—No estoy tratando de montar un escándalo —dijo Martin—, pero me merezco un humano, al menos. Sin duda. Quiero decir, me merezco algo más que un perro. No soy, por el amor de Dios..., no soy un asesino ni nada por el estilo...

El demonio se encogió de hombros.

—Aquí se trata a todo el mundo por igual. No se segrega en base a género, raza, edad, sexo... o especie —refunfuñó y se echó hacia delante de un modo que buscaba confidencialidad. Martín sintió un poco de náuseas al quedar envuelto por una exhalación de aliento fétido—. Personalmente, a mí me gustaba más tal y como era en los viejos tiempos. Luteranos a un lado, calvinistas a otro, y nunca se encontraban. Lo que tenemos ahora... —hizo un gesto despectivo con su garra que

no iba dirigido a nada en particular, tan solo a todos los habitantes del infierno—: Es la locura de la corrección política.

—Lo que pasa es que los perros me provocan picores.

El demonio aspiró aire entre los dientes, lo cual pretendía ser un gesto de simpatía, pero sonó como un terrorífico estertor. Martin retrocedió como si le hubieran pegado.

—Veré lo que puedo hacer —sus palabras retumbaron—. ¿Vale? Pero no prometo nada.

—Gracias —dijo Martin. Y sin saber qué más podía hacer, asintió, intentó sonreír con amabilidad y volvió a su habitación.

El demonio miró como se marchaba. Deseaba que todos esos condenados lo dejaran en paz. Todos los demonios más importantes se reían de él por eso. Era culpa de ese mechón de pelo sobre los cuernos. Todas las noches se lo cortaba. Pero, por la mañana, esa jodida cosa le había vuelto a crecer.

El perro le estaba esperando.

—¿Estás bien? —le preguntó—. Te has ido sin decir nada. Estaba preocupado.

Lo curioso era que solo si lo mirabas de frente te dabas cuenta de que era un perro. Si tratabas de mirarlo de soslayo, o de reojo, parecía otra alma marchita flotando en la condena eterna.

—Lo siento —dijo Martin—. Sólo estaba un poco... ya sabes.

—Ya sé —dijo el perro—. Se tarda un poco en acostumbrarse. No te preocupes —esbozó una sonrisita amable y jadeó alegremente con la lengua fuera—. ¿Cómo te llamas?

—Martin —dijo Martin.

—Encantado de conocerte, Martin —dijo el perro amablemente, y le ofreció su pata para que la estrechara—. Me llamo Woofie.

—¿Vuffi?

—No, Woofie. Soy alemán.

—Ah.

—Sí.

Se sonrieron amablemente.

—Nunca he estado en Alemania —dijo Martin.

—Es bonita —dijo Woofie—. Bueno, algunas partes.

—Sí.

—Llueve a veces, claro. Y hace un poco de frío en invierno.

—Igual que en cualquier parte, supongo.

—Sí, supongo —dijo Woofie, y sonrió—. Aun así, me gustaba.

Volvieron a sonreírse amablemente. Woofie incluso movió la cola de manera afable. Martin hubiera hecho lo mismo de haber tenido cola.

—En cualquier caso —dijo Woofie—, no quiero molestarte. Ya sabes, pero si hay algo que necesites...

—Gracias.

—Siéntete como en casa. Bueno, ahora es tu casa. ¿Tienes alguna preferencia? —añadió señalando las literas con la cabeza.

—No quiero ser una molestia —dijo Martin.

—No hay problema. La que quieras. En todos estos años que llevo aquí, he pasado por las dos. Me quedo contento con la que sea. No te preocupes —y quizás al ver la cara de disgusto que puso Martin sin querer, Woofie añadió—: No mudo el pelaje. Y tienen sábanas limpias.

—Bueno, supongo que la de arriba puede ser más divertida —dijo Martin—. Si estás seguro de que no te importa.

—Oye —dijo Woofie suavemente—, sé lo que es ser el chico nuevo. Todos hemos pasado por eso. Cualquier cosa que pueda hacer para facilitarte las cosas... Hay un armario ahí, es todo tuyo. El lavabo está en el rincón.

—¿Y el inodoro?

—No necesitamos ir nunca —contestó Woofie—. Es curioso. Pasé los dos primeros días frenético, buscando la bandeja higiénica, hasta que me di cuenta de que no la necesitaba. Y, sin embargo, nos ponen un lavabo. Nunca había pensado en ello.

Woofie ofreció amablemente a Martin usar el lavabo antes de que se fueran a la cama, pero Martin le dejó ir a él primero. Observó como su nuevo compañero de habitación se lavaba el pelaje y se cepillaba los colmillos, y parte de él creyó que

estaba a punto de gritar y que el grito no acabaría nunca. No es posible que esté en el infierno con un perro salchicha. Woofie limpió los escupitajos de pasta de dientes del lavabo y miró a Martin.

—Está libre, cuando quieras.

Mientras se lavaba, Martin se miraba en el espejo. Contemplaba a ese pequeño y tímido muerto, de uno sesenta y cinco de estatura. Y si ladeaba la cabeza, todos los rasgos que reconocía desaparecían y veía un alma como otra cualquiera. Era consciente de que cada día se miraría en ese espejo al lavarse, que nunca podría olvidar que estaba muerto, que sólo era carne suspendida en un marco, y que su carne se estaba pudriendo enmarcada. Por eso el infierno venía equipado con lavabos. No por el lavabo, sino por el espejo. Martin suspiró profundamente, y toda la carne rancia de su cara se bamboleó, y el encuadre del alma se difuminó un poco. Oyó a Woofie soltar un pequeño ronquido, ya dormido y muerto para el mundo. Y no supo por qué, pero eso lo tranquilizó, aunque fuese un poco.

Durante los días siguientes, Martin esperó que comenzaran las torturas.

—Pero no funciona así —le dijo Woofie—. No digo que no haya torturas, pero he estado aquí años y años y nadie me ha torturado todavía. No quiero decir nada por si acaso se acuerdan de algo.

Mientras tanto paseaban por los centros comerciales. Ninguna de las tiendas estaba realmente abierta. Aunque Martin no tenía dinero para comprar nada, al fin y al cabo, era razonablemente divertido mirar los escaparates. Había un bonito cine que proyectaba películas todas las noches, algunas de ellas incluso pocos meses después de su estreno. Y Woofie invitó amablemente a Martin a formar parte de su equipo de bolos. Jugaban a los bolos tres o cuatro noches por semana, y algunos jugadores eran realmente buenos. Todos eran perros, y se mostraban un poco reservados con Martin porque era humano. Martin se sintió un poco ofendido por eso: si había que tener algún reparo, debería ser él quien lo tuviera. Pero ninguno de

los perros dijo nada, por Woofie, y después de que Martin hiciera su primer *strike*, tras una semana practicando, todas las felicitaciones le parecieron bastante sinceras.

—Es como ese pueblo en el que estuve una vez de vacaciones, en Lanzarote —dijo Martin—. El infierno no está tan mal.

Pero por supuesto que lo estaba.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó un día Martin a su compañero de habitación mientras se preparaban para ir a la cama. No tenía especial curiosidad, tan solo quería conversar.

Fue la primera vez que vio a Woofie molesto.

—Preguntar eso no es de buena educación, Martin.

—Oh. Lo siento.

—No pasa nada.

Pero unos días después, mientras subían y bajaban las escaleras mecánicas del centro comercial como diversión, se lo volvió a preguntar.

Woofie suspiró.

—Dime primero por qué estás tú aquí.

Martin estaba más que feliz de contárselo; de hecho, había estado esperando el momento en el que soltarlo todo.

—Parece que es porque no creo en Dios. Eso me dijeron cuando llegué.

—Vaya.

—La cosa es que creía que sí que creía. Iba a la iglesia casi todas las semanas, ya sabes. Siempre creí que había una especie de presencia superior o algo así.

—Vaya.

—Resulta que sólo creía que creía. Pero en realidad no creía.

—No soportan que seas un indeciso —dijo el perro—. Hubiera sido mucho mejor que no creyeras en Dios. Eso lo hubieran respetado.

—¿No habría venido al infierno?

—Oh, sí. Pero hubieras podido quedarte durmiendo los domingos por la mañana.

Y entonces Woofie le contó a Martin la razón por la que estaba en el infierno.

Martin se quedó sorprendido e impresionado.

—Que no te impresione —dijo Woofie—. No tiene nada de impresionante.

—Me parece un poco injusto —le comentó Martin amablemente.

—Es injusto. La mayoría de los perros van al infierno porque no fueron amables con sus amos. Les mordieron. O no acudían cuando los llamaban. O no iban detrás de los palos que les lanzaban. Perros que no hacían lo que un perro debe.

—Sí, entiendo.

—Pero yo estoy aquí porque no le mordí. La verdad es que estuve condenado desde el principio. Si hubiera incumplido mis deberes de perro, directo al infierno, sin preguntas. Pero como buen perro, yo era cariñoso y paciente con mi amo. Yo era el perro de Adolf Hitler.

—Así que, realmente —dijo Martin—, es sólo culpa por asociación.

—Si —dijo Woofie—. Cuando me pedía que buscara un palo, yo sólo obedecía órdenes.

—¿Les dijiste eso?

—Por supuesto que sí. Me dijeron que eso era lo que decía todo el mundo a lo largo de la historia, la misma excusa poco convincente. Así que —e hizo un gesto con las patas abarcando el infierno—, aquí es donde he acabado.

Resultó que justo estaba haciendo el gesto hacia una macro tienda *Virgin*, pero el asunto me quedó claro.

—Ya veo por qué te amarga —dijo Martin.

—¡Oh!, no sé —dijo el perro, y se encogió de hombros—. Si me iban a condenar de todos modos, más valía que fuera por algo impresionante... Es impresionante, ¿verdad? —le preguntó con timidez.

—Es impresionante.

—Ya te he dicho que parecías impresionado.

—Me lo has dicho y lo estaba.

—¿Te acuerdas de Strudel, el caniche, el que ganó la partida de bolos anoche? Él fue el perro de Goering. Quiero decir, piensa en ello. Puto Goering. Qué vergüenza —Woofie se permitió una sonrisa orgullosa—. Si vas a ir al infierno porque en su día fuiste la apreciada mascota de un nazi, mejor ser de

Hitler que de algún comandante de las SS con ocurrencias por encima de su rango.

—Entiendo tu forma de verlo —dijo Martin, y por un momento se sintió avergonzado de que la maldad por la que él había sido condenado hubiera sido tan banal en comparación.

—No puedo dejar de pensar en ello —dijo Woofie—. Me siento culpable. Por supuesto que sí. Pienso que, si hubiera sido mejor perro, tal vez habría ejercido una influencia más tranquilizadora.

—No —dijo Martin.

—Si lo hubiera distraído una hora más con mis juguetes de goma, habría sido una hora más en la que no hubiera estado soñando con campos de exterminio...

—No puedes pensar así —dijo Martin—. ¿Qué podrías haber hecho? Nada, no podrías haber hecho nada.

—Espero que esto no abra una brecha entre nosotros dos —dijo Woofie. Y alcanzó la mano de Martin con su pata.

Sin pensárselo dos veces, Martin le dio un apretón.

—Por supuesto que no —dijo—. Desde luego que no. De verdad, de verdad.

Martin no volvió a sacar el tema. Jugaron a los bolos juntos, como siempre. Vieron las mismas películas, se turnaron para usar el lavabo. Y, de hecho, Woofie se mostraba más relajado con su compañero de piso. La amistad cortés fue reemplazada por algo más cálido y honesto. Woofie bajó la guardia, detrás de su afable exterior perruno escondía un sentido del humor muy agudo. Sus imitaciones burlonas del resto del equipo de bolos, todas hechas a sus espaldas, solían hacer reír a Martin. Eran crueles, pero muy acertadas, especialmente la forma en que imitaba el tartamudeo de Rudolf o la cojera de Ludwig. Y todo ello ayudaba a singularizar a Martin como su amigo especial, del que nunca se reiría a escondidas, a quién tomaba realmente en serio. Martin se sentía muy orgulloso de esto.

—Será mejor que llegues al final del asunto —le dijo Woofie una noche. Las luces estaban apagadas, pero Martin no podía dormir, y se alegró al oír la voz de su amigo subiendo desde la litera de abajo—. Pregúntame cómo era.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Vamos. Todo el mundo quiere preguntarme siempre. No pasa nada.

—Está bien. ¿Cómo era Hitler?

—Era bueno —dijo Woofie—. Era bastante generoso con las golosinas. No le gustaba que me tumbara en la cama, pero solía aceptar que me subiera a su regazo. Incluso cuando me hice mayor y engordé, ni una vez le importó que me subiera a su regazo para abrazarme. No era un mal amo para nada. Desde luego —añadió pensativo—, tenía sus días malos. Cuando se le metían cosas en la cabeza, y la verdad es que se le metían muchas a medida que pasaba el tiempo. Entonces, a veces, no encontraba tiempo para ir a pasear. Pero, bueno. Hacía lo que podía.

Se hizo el silencio.

—Y en este punto todo el mundo me pregunta si sabía que estaba siendo alimentado y acariciado por un hombre perverso. Vamos, preguntámelo.

—No quiero...

—No pasa nada, de verdad.

Entonces Martin hizo la pregunta obvia.

—Fui su primer perro, su mascota de la infancia. Así que hay que tener en cuenta que cuando entré en escena él no había hecho nada todavía. Bueno, nada que fuera particularmente malo. Había hecho algunas travesuras: negarse a comer verduras, o leer bajo las sábanas después de apagar las luces, o pintarrapear fotos de Otto von Bismarck... Quiero decir, no dirías que eso era especialmente impropio. Sé lo que vas a decir. Que seguramente podría haber visto algo, la semilla del hombre que vendría. Pregúntalo, también puedes.

—¿Viste la semilla del hombre que vendría?

Woofie hizo una pausa.

—¿Sabes, Martin? Nadie me había preguntado eso antes.

—¿De verdad?

—Tendré que pensar en ello —y así hizo. Al fin, su voz suave en la oscuridad dijo—: Tampoco es que tuviera la posibilidad de discutir asuntos de estado conmigo. Pero no creo que eso le apenara. Me atrevo a decir que me habría justificado la necesidad de quemar el Reichstag, o de invadir Checoslovaquia,

me habría justificado los campos de concentración. Tan sólo habría tenido que preguntarle. Sinceramente, creo que sólo estaba intentando hacer las cosas lo mejor que podía. Lidiando, como todo el mundo. Tratando de ser buena persona. No estoy diciendo que todas sus decisiones fueran buenas. Y que no se dejara llevar. ¿Quién no lo haría? Tú o yo en la misma posición, ¿no lo haríamos? Pero la gente piensa en él como un demonio. Y no lo era. Bueno, ya sabemos cómo son los demonios. Y él sólo era un hombre, ya sabes. Sólo un hombre con su perro. Como tú y yo. Bueno, como tú, al menos. Sí —dijo Woofie suavemente pensando en ello—. Adolf Hitler se te parecía mucho.

—Gracias —dijo Martin, y lo dijo en serio.

—¿Por qué no querías preguntarme? Nadie lo había aplazado tanto.

—Sólo supuse —dijo Martin— que debía ser un poco irritante. Estar siempre a su sombra. La gente nunca te pregunta sobre ti, sólo sobre la persona famosa con la que ibas.

Hubo silencio durante un rato.

—Pero yo estaba a su sombra —dijo Woofie—. Yo era su perro.

Más silencio. Por un momento Martin pensó que Woofie se había dormido. Y entonces:

—No obstante, gracias. Es muy considerado de tu parte. Gracias.

—Está bien.

—Eres mi mejor amigo.

—De hecho, tú también eres mi mejor amigo.

—Podemos acurrucarnos si quieres —dijo Woofie—. No me refiero a nada raro —añadió apresuradamente—, sólo a acurrucarnos. Si quieres. Quiero decir, no es nada raro que un hombre y su perro duerman juntos, ¿verdad? Si quieres.

—No sé si cabemos —dijo Martin lentamente.

Pero si Martin se pegaba contra la pared sí que cabían. Woofie no era muy grande, se acurrucó en los huecos dejados por el cuerpo de Martin como si siempre hubieran sido concebidos para encajar así. Si Martin se acostaba de lado, contra Woofie, le rozaba el alma, pero de cara podía sentir su pelaje, y su calor era más reconfortante de lo que se imaginaba.

—Buenas noches, Martin —dijo Woofie en voz baja.

—Buenas noches.

Pasados unos minutos Martin escuchó los ronquidos que le indicaban que su nuevo mejor amigo estaba dormido. Y sólo tuvo un momento para darse cuenta de lo tranquilizadores que eran esos ronquidos, mucho más suaves que los de Moira, mucho más acertados, antes de quedarse también profundamente dormido.

—Buenas noticias —le dijo el demonio—. Te trasladan mañana por la mañana.

Martin trató de encontrar la manera de responder.

—Oh —dijo finalmente.

—Bueno, no te muestres tan jodidamente agradecido —murmuró el demonio mientras se alejaba. Ya llevaba un mal día. Como no había podido afeitarse los mechones de pelo que rodeaban sus cuernos, se había dedicado a arrancárselos con unas pinzas. Esto sólo consiguió que llamaran aún más la atención. En conjunto le daban un aspecto algo campechano. Sospechaba, no sin razón, que en la sala de personal le estaban pelando por la espalda sin piedad.

Martin se preguntó cómo debía darle la noticia a Woofie. Pero eso era lo único que no debía preocuparle. Le estaba esperando cuando regresó, con el cuerpo anormalmente tenso. Martin pensó que quizá había estado llorando.

—Hola —dijo Martin a falta de algo mejor que decir. Y añadió—: Lo siento.

—¿Es por algo que he hecho?

—No. No, no es eso.

—¿Entonces? Dime qué es lo que he hecho mal.

—No eres tú, Woofie. Lo siento. Soy yo. Es culpa mía, soy yo, lo siento.

Woofie estaba muy tan triste, con sus grandes ojos acuosos de perro mirándolo fijamente. Martin deseó que se enfadara, que le ladrara, que le mordisqueara los tobillos, cualquier cosa. Cualquier cosa que no fuera ese silencio y ese dolor.

Al fin Woofie dijo:

—¿Es por todo el asunto de Hitler?

—No —se apresuró a aseverar Martin—. Es porque eres un perro —silencio—. No es nada personal.

Silencio. Por primera vez desde que conoció al perro, a Martin le entraron picores.

—Así que no es por lo que he hecho. Es por quién soy.

—Bueno. Sí. Más o menos.

Woofie lo miró fijamente.

—Eso es patológico.

—Sí —dijo Martin—. Lo es. Lo siento. ¿Hay...?, ¿hay algo que quisieras...? Cualquier cosa que pueda hacer, o...

—No —dijo Woofie. Pero entonces cambió de opinión—. Sí —añadió amablemente—. Me gustaría recuperar mi litera. La de arriba. Mi litera favorita. Solo para mí. Por favor.

Así que esa noche Martin durmió en la litera de abajo. Woofie no volvió a hablar en toda la noche, y se quedó mirando el pequeño abombamiento del colchón de arriba, y quiso tocarlo, pincharlo, sólo para provocar algún tipo de reacción, incluso para tener una discusión, sólo para que esto tuviera un final. Pero no se atrevió. Por la mañana, Woofie se mostró más amable, hasta le había perdonado.

—Mucha suerte, Martin —le dijo, y le tendió una pata.

—La mejor de las suertes para ti también —dijo Martin con entusiasmo—. Y gracias por todo —hizo el intento de darle una palmadita en la cabeza, pero Woofie retrocedió instintivamente. Había ido demasiado lejos.

El nuevo compañero de habitación de Martin era un humano llamado Steve. Steve era muy educado y casi agradable. No le cedió a Martin la litera de arriba, aunque en realidad, ¿por qué tenía que hacerlo? Resultó que Steve era un violador. Pero, como le dijo a Martin, sólo lo había hecho una vez, y hacía mucho tiempo, y se sentía muy arrepentido de ello. Además, Martin no conocía al niño en cuestión, así que decidió no incomodarse por ello.

Steve dejaba que Martin saliera con sus amigos. A los centros comerciales, al cine, a la bolera. Hacía mucho que Martin no pasaba tiempo en compañía de humanos, pero enseguida se acostumbró. Inevitablemente, hubo ocasiones en las que

estuvo a punto de toparse con Woofie. La primera vez fue un poco incómoda, y pudo ver que Strudel se le habría lanzado con gusto al cuello. Pero Woofie le ladró algo al oído y, de mal humor, Strudel le dio la espalda a ese humano que fue leal tan poco tiempo, y prosiguió con su partida de bolos. Y eso fue lo peor que sucedió. Después, cada vez que Woofie o Martin se daban cuenta de que el otro andaba cerca, simplemente desviaban la mirada con la mayor discreción posible. Nunca dejaba de ser bochornoso, pero era un bochorno al que Martin pudo hacer frente con mayor facilidad a medida que pasaban los años.

Puede que fuese en su tercera o cuarta Navidad en el infierno cuando Martin recibió una postal.

—Algo que va dirigido sólo a ti —le dijo Steve resoplando al entregársela. La mayoría de las postales iban dirigidas a «Steve y Martin», alguna que otra era «para Martin y Steve». Nunca solo «para Martin».

Querido Martin, se leía. *¡Cuánto tiempo sin hablar!* Y el punto de la exclamación era una carita feliz que sonreía demasiado.

Martin se tomó un descanso tras acabar de colgar el espujillón (los adornos navideños eran muy populares en el infierno). Se sentó en la litera y leyó la postal con atención.

Querido Martin:

¡Cuánto tiempo sin hablar! ¿Cómo estás? Han pasado años.

Sólo quiero desearte feliz Navidad, y hacerte saber que un viejo amigo se acuerda de ti. Porque somos viejos amigos, ¿no? Sé que hemos perdido el contacto, pero no quería que pensaras que te tengo rencor. De verdad que no. Sólo te deseo lo mejor, como siempre. Te veo de vez en cuando, y sigo queriendo saludarte. Pero, o pareces muy preocupado, o yo estoy muy preocupado, así que nunca ocurre. ¡Lo cual es una tontería! Tenemos que ponernos al día en algún momento. Eso sería maravilloso. Toda la vieja pandilla está bien, y te envía saludos.

Con mucho amor, Woofie.

«Amor» había sido escrito con un titubeo que lo enfatizaba aún más. Debajo, escrita con un bolígrafo diferente, había una Posdata.

P.D. Mira, por si te apetece, aunque seguro que tienes otros planes, al fin y al cabo. Pero, aun así, no pasa nada por preguntarte. Estamos pensando en hacer una fiesta en Año Nuevo. Nada elegante. Si no tienes nada mejor que hacer, y me atrevo a decir que así será, ¡ven a vernos!

Y abajo, con el mismo bolígrafo:

Te echo de menos.

Martin la volvió a leer. Se preguntó si debería contestar con otra postal, pero en realidad Steve era el que se encargaba de todo eso.

—¿La cuelgo junto a las otras? —preguntó Steve mientras alargaba la mano para cogerla.

—Claro —dijo Martin—. ¿Por qué no?

Y entonces, en un momento de enero, llegó la noticia.

El infierno se estaba llenando en exceso. Sencillamente no había espacio para muchas más almas condenadas. Por lo cual alguien decidió que lo mejor era enviar un emisario a ver a Dios para saber lo que se debía hacer al respecto. Y cuando regresó, dijo que había buscado por todas partes y que, después de todo, resultaba que no había ningún dios. Que no sabía si alguna vez había habido alguno, pero si así había sido, desde luego ya no estaba. Y esto provocó cierta consternación: ¿quién iba a resolver ahora el problema del hacinamiento? Hasta que se comprendió que su inexistencia resolvía el problema por sí solo. Al fin y al cabo, no parecía justo que te condenaran por no creer en Dios si resultaba que, curiosamente, tenías toda la razón. A Martin le dijeron que podía irse inmediatamente.

—¿Adónde voy a ir ahora? —preguntó—. ¿Al cielo?

Resultó que iba a Surrey.

El día en que los muertos volvieron a la Tierra fue un día de emociones encontradas. Todo el mundo se alegró de volver a ver a sus seres queridos. Se produjeron muchos reencuentros entre lágrimas y muchas fiestas en la calle. El gobierno no sabía muy bien cómo reaccionar hasta que se percató de que, en general, todo el mundo estaba muy contento, así que decidió que al final ellos también se debían alegrar, y actuaron como si de alguna manera hubiera sido idea suya.

Pero nadie había previsto que los muertos no iban a irse. Si hubiera sido una visita relámpago, entonces hubiera sido aceptable. Pero al final de la semana, la mayoría de la gente sentía que ya no era bien recibida. El gobierno captó el estado de ánimo y se apresuró a afirmar que nunca se había alegrado de esto, que no había tenido nada que ver con el asunto. E, incluso, declararon que pronto se tomarían nuevas medidas contra esta invasión no deseada de inmigrantes muertos.

Cuando Moira volvió a ver a Martin, le abrazó con tanta fuerza que creyó que nunca le soltaría. Ella aún guardaba su ropa y sus pertenencias. Maletas llenas de viejos cachivaches de los que no podía desprenderse. Le contó que todo el mundo le había dicho que las donara a Oxfam, y cuando se negó, sus bienintencionados amigos se enfadaron con ella y se preocuparon por su salud mental.

—Así que me los quité de encima. Me he sentido muy sola. Pero sabía que volverías conmigo —Martin se conmovió. No le quiso aclarar que no había vuelto por ella, sino por un capricho burocrático—. Gracias a Dios que has vuelto —ni que, para empezar, no había ningún Dios al que darle las gracias, y que si lo hubiera habido no habría sucedido ese capricho burocrático.

Hicieron el amor esa primera noche, y durante varias noches más, algo que no habían hecho muy a menudo cuando él estuvo vivo. Y fue sorprendentemente agradable, pero no tanto como para que le preocupara el hecho de que acabaron cayendo en su habitual platónica vida doméstica. Al cabo de una semana, tumbado en la cama junto a ella, silenciaba sus ronquidos poniéndose tapones en los oídos. Y en la oscuridad de la noche, cuando todo estaba en calma, casi podía creer que nunca había muerto ni había estado en el infierno.

En el trabajo, sin embargo, no fueron tan complacientes. Por los viejos tiempos, el jefe le concedió generosamente diez minutos de su apretada agenda.

—Es que ahora mismo estoy hasta los topes —le dijo a Martin—. Ocupado, ocupado, ocupado. Bueno, no hace falta que te lo diga. Ya sabes cómo es este trabajo, lo has vivido —le dijeron a Martin que les encantaría que se reincorporara, que de verdad les gustaría, pero que no podían, no con el clima actual—. No puedes tomarte una excedencia tan larga, sin avisar, y esperar que tu trabajo te esté esperando cuando vuelves —además, cuando le insistió, el jefe admitió que no todos se sentirían cómodos trabajando junto a un cadáver. Por supuesto, el jefe no. Pero incluso Martin admitía, como cadáver, que su aspecto era algo extraño. Mientras que antes se le respetaba por ser tan solvente, tan firme, ahora, en un sentido muy literal, ya no lo era.

Si mirabas a los muertos a la cara, podías imaginar que eran normales, que vivían y respiraban como toda persona de bien. Pero si ladeabas la cabeza se podía ver que el alma. Toda esa piel, esos huesos y esa integridad no eran más que una fachada. A nadie le gustaba que se lo recordasen. Y eso significaba que los muertos se reconocían al instante. En general, los vivos los ignoraban, algunos los miraban con evidente hostilidad. Incluso se produjeron casos de palizas por parte de bandas, pero los brotes de violencia se volvieron infrecuentes cuando se comprendió que no se podía hacer nada para matarlos. Al cabo de unas semanas, lo peor que podía esperar un muerto que caminara por las calles era que le escupieran.

Antaño, cuando se quería segregar a una raza del resto de la sociedad, para que ese pueblo fuera señalado y juzgado, se colocaban distintivos amarillos y se afeitaban las cabezas. Así habían hecho los amos de Woofie. Pero no hacía falta que nadie marcara a los muertos. Con sus almas revoloteando a la vista de todos, ellos mismos lo hicieron. Y lo peor de todo era que también se avergonzaban los unos de los otros. Un muerto que veía a otro muerto apartaba la mirada de la misma manera que haría un vivo. De vez en cuando podía surgir una mirada de simpatía, de comprensión, pero se apresuraban a seguir su

camino sin atreverse a hablar entre ellos, sin atreverse a tender la mano y decir «soy uno de vosotros». Como si por miedo a que el vacío de sus ojos, esa muerte que tenía mucho más que ver con el corazón que ya no latía y los pulmones que ya no se llenaban de aire, pudiera reflejar también su propio aspecto.

A Moira no le gustaba mencionarle a Martin el hecho de que era prácticamente bidimensional. Pero incluso su prudencia empezaba a irritar a Martin. Ella trató de ignorarlo al principio, para después acabar ocultándolo. Le preparaba sus platos favoritos, fritos y grasos, y le decía que era porque le quería, que echaba de menos cocinar para él, que sólo quería que fuera feliz. Pero él veía la verdad.

—Estás tratando de cebarme —dijo.

Moira se sonrojó, y admitió que pensaba que le vendría bien estar un poco rellenito, que así su cuerpo podría perder algo de su aspecto plano, aunque sólo fuera...

—Pero la comida no va a ninguna parte. Me la como y desaparece. No se queda en el estómago, no tengo estómago. Por el amor de Dios, ni siquiera puedo cagar.

Moira lloró, y dijo que estaba cambiado, que antes no era así, que ya no la quería.

Él quiso contestar que por supuesto que había cambiado, que había muerto, ¿no? Que había muerto y había ido al infierno, y que ella no había muerto, que se había conservado cómodamente viva, ¿qué tenían ya en común? Que había ido al infierno y se había enamorado de otra persona, que se había enamorado del perro de Hitler. Pero no podía decírselo, ni siquiera Martin era capaz de ser tan cruel. No le daba ningún placer ver a su viuda llorando todo el tiempo, le repugnaba.

—Ni siquiera puedo cagar —repitió insensible. Y luego, como un pensamiento tardío, añadió—: Quiero un perro.

Moira le remarcó que a él no le gustaban los perros. Que era alérgico. Que le daban picores.

—Quiero un puto perro —dijo— eso es todo lo que quiero. Consígueme un puto perro.

Llamaron Wuffles al nuevo perro. Martin quiso llamarlo Woofie, pero no pudo, era demasiado fuerte. Tal vez con el tiempo le cambiara el nombre, no creía que al perro le importara.

A Moira le hubiera gustado llamarlo Snoopy, pero Martin le señaló con calma que era un nombre estúpido de cojones, que Snoopy era estúpido de cojones. Que, además, Snoopy era un puto beagle, ¿no?, y este no era un puto beagle, que era un puto perro salchicha, puta estúpida, era un puto perro salchicha sodomita. Y entonces besó suavemente a Moira en la frente y le dijo que lo había hecho bien, que era un perro adorable. Y que si ahora podía dejarlo en paz para ir jugar con él.

La cosa era que a Wuffles no le gustaba Martin. Adoraba a Moira. Saltaba nada más oír su voz, la esperaba en la puerta de su habitación. Cuando ella lo acariciaba o lo tocaba se ponía más contento que nunca. Ante Martin, retrocedía. Martin dedujo que podía ver su alma, igual que todos los demás. Y respetaba bastante al perro por ello. Al menos, no era un hipócrita.

Aun así, lo intentó. Sacó a Wuffles a pasear, tiró de él, de la correa de la renuente mascota hasta que este no tuvo más remedio que obedecer. Fueron al bosque. Martin encontró un buen palo gordo y se lo lanzó.

—Busca —le dijo.

Wuffles se le quedó mirando sin comprender.

—Busca —le repitió Martin—. Busca el palo.

Wuffles miró hacia donde lo había lanzado, le devolvió la mirada y se tumbó. No iba a perseguir un palo. No por él. Por su ama, cualquier cosa. Pero de este muerto planchado el perro se negó a seguir órdenes.

Un día Martin se llevó a rastras al perro hacia el coche. Fueron muy lejos. Abrió la puerta del copiloto. Le lanzó el palo que había traído.

—Tráelo —le dijo.

Pero Wuffles le dejó claro que si no estaba dispuesto a perseguir un palo en el bosque, desde luego no lo iba a hacer en el arcén de una autopista. Así que Martin tuvo que empujar al perro para que saliera del coche, y volvió a casa sin él. Moira estaba angustiada.

—No pasa nada —la tranquilizó—. Estará bien. Seguramente habrá muchos conejos que pueda perseguir. Y si no está bien... Era un buen perro, nunca mordía ni arañaba.

Amaba a su dueña. Así que, al menos, seguro que irá a un lugar maravilloso.

Martin no volvió a ver a Wuffles. Pero cuando unas semanas después le abrió la puerta a un perro salchicha que había llamado al timbre, pensó que su mascota no deseada le había encontrado. Que tendría que hacer un viaje bastante más largo por la M1.

—No, no —dijo el perro—. Soy Woofie. ¿Cómo estás, Martin?

—Woofie —repitió Martin—. No te había reconocido.

—Bueno, ha pasado mucho tiempo. ¿Puedo entrar?

Una vez dentro, Martin le preguntó a su viejo amigo si quería comer o beber algo, si quería sentarse, si quería cualquier cosa, en realidad.

—No, estoy bien —dijo Woofie—. Bonito lugar el que tienes aquí. Muy acogedor.

—No es mío, es de ella —dijo Martin—. No tiene nada que ver conmigo. ¿Cómo saliste del infierno?

—Oh, ahora dejan salir a gente de todo tipo. No me extrañaría que cerrara en poco tiempo.

—¿Y cómo me has encontrado?

Woofie sonrió.

—Un perro siempre puede encontrar a su amo si pone empeño —dejó que sus palabras calaran—. Sabes que eres mi amo, ¿verdad?

—Sí —dijo Martin.

—Pienso a veces que si te hubiera conocido desde el principio, si hubiera podido darte mi amor a ti y no a Hitler... Para empezar, no habría ido al infierno. Podría haber sido maravilloso. Y también creo que conmigo a tu lado... tú tampoco habrías ido al infierno.

—No —dijo Martin.

—Podríamos haber sido maravillosos, tú y yo, maravillosos.

Y Martin le besó. Y sabía que lo que estaba besando era un perro, y que era un perro muerto, pero estaba bien, no importaba, estaba bien.

—Vayámonos de aquí —dijo Martin. Y cogió su abrigo, cerró la puerta principal y metió las llaves en el buzón.

Pensó dejarle una nota a Moira pero, realmente, ¿qué le habría dicho?

Hombre y perro salieron juntos. No tenían dinero para comer, pero no importaba, se tenían el uno al otro. Dormían cuando se cansaban, en los bancos del parque, en los portales de las tiendas, en cualquier lugar donde pudieran acurrucarse. Y la gente evitaba mirarles a los ojos en la calle, como siempre, y algunos les seguían escupiendo. Pero juntos, hombre y perro, se sentían fuertes. Miraban fijamente a sus agresores. Les demostraban que no estaban avergonzados.

Una mañana temprano los despertó un granjero cabreado. Habían decidido pasar la noche en un granero vacío. La paja era áspera pero cálida.

—Fuera —les gritó el granjero con una furia que más bien era miedo—. Fuera de mi propiedad —y les golpeó con el mango de una horca.

—No hace falta que hagas eso —dijo Martin—. Ya nos vamos.

—¡Sois basura! —les gritó el granjero mientras Martin y Woofie caminaban hacia la puerta con tanta dignidad como podían—. Putos muertos. Muertos pervertidos..., ¡y en mi propiedad! ¡Sois basura!

Entonces, rápido como un rayo, Woofie se dio la vuelta, saltó y le arrancó la garganta.

Martin estaba tan sorprendido como el granjero, quien, con los ojos como platos por la sorpresa, se llevó la mano a un cuello que en gran medida ya no estaba, y después cayó de bruces. La sangre salpicó la paja.

—¡Oh!, Dios mío —dijo Martin, agachándose—. Está muerto.

—Bien —dijo Woofie—. Ahora sabrá cómo nos sentimos.

—¡Oh!, Dios. ¡Oh!, mierda —dijo Martin.

—Venga, vamos —dijo Woofie.

Caminaron en silencio durante un rato. Martin no dejaba de mirarse las manos, y cada vez que lo hacía, sí, seguían manchadas de sangre.

—¡Oh!, Dios —dijo al fin—. Ha sido un accidente. Ha sido un accidente.

—No ha sido un accidente —dijo Woofie—. Casi le he arrancado la cabeza.

—¡Oh!, Dios.

No se dijeron nada más durante algunos minutos. Por el camino, un hombre se acercaba a la pareja. Les dirigió la habitual mirada de odio y desprecio. Y entonces vio las manos ensangrentadas de Martin, y la forma en que Woofie le gruñía abiertamente, y que también ahí tenía sangre, justo en las mandíbulas, y aceleró el paso.

—¿Qué nos va a ocurrir? —gimoteó Martin—. ¿Qué van a hacer? ¿Enviarnos al infierno? He estado allí, he estado... ¡Oh!, Dios.

—Hitler era así, ¿sabes? —dijo Woofie—. La primera vez que ordenó matar a un judío me dijo: «Bueno, ya está, Woofie. Si tengo razón, entonces he dado un golpe a favor de la justicia y el hombre corriente. Pero si me he equivocado... Si me he equivocado, estoy condenado para siempre».

»¿Y sabes lo que dije? ¿Lo que le susurré al oído? ¡Oh!, él no podía oírme, por supuesto. Los perros no pueden hablar. Pero se lo susurré de todos modos: Si vas a ir al infierno por un judío, ¿por qué no por cien? Por cien mil. Por seis millones. Si vas a ser condenado de todos modos, al menos que sea por algo impresionante. Prefiero ser condenado antes por ser el perro de Hitler que por ser el de Goering. ¿Entiendes?

—Sí —dijo Martin—. ¡Oh!, Dios. Lo entiendo. ¡Oh!, Dios.

—No hay ningún Dios —dijo Woofie—. Deja de decir eso.

—Lo siento.

—¿Te das cuenta de en qué número los muertos superan a los vivos? ¿Te das cuenta? Treinta a uno. Y, sin embargo, somos los parias. Somos a quienes se escupe. ¿Cuánto tiempo crees que puede durar esto? ¿Cuánto tiempo debería durar? ¿Martin?

—¿Qué? —dijo Martin débilmente.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó Woofie.

—No lo sé.

—Entonces piénsalo —dijo Woofie con firmeza—. Por una vez en tu vida, piensa.

Y Martin pensó.

—Pero no debemos hacerles daño, Woofie —dijo finalmente—. No podemos hacer eso. Deberíamos ponerlos... No sé.

—En un lugar a salvo. Por su propio bien.

—Por su propio bien, exactamente. En algún lugar a salvo. Prométeme, Woofie, prométeme, sea lo que sea, que lo que vamos a hacer está bien.

Woofie se lo prometió, Martin sonrió, y siguieron caminando. Un hombre y su perro, haciendo planes.